

Comunicación

Finalidad, funcional, función. Una categoría en contexto

**Bettolli, Mariana Isabel; Caeiro, Florencia; Sarbag, Paola
Andrea; Destéfanis, Natalia Sofía**

mariana.bettolli@unc.edu.ar; florencia.caeiro@unc.edu.ar;
paola.sarbag@unc.edu.ar; natalia.sofia.destefanis@unc.edu.ar

Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Arquitectura,
Urbanismo y Diseño. Cátedra Historia de la Arquitectura II B.
Córdoba, Argentina

Línea temática 1. Categorías y enfoques (teoría y praxis)

Palabras clave

Pensamiento crítico, Arquitectura moderna, Adolf Behne

Resumen

Las categorías, en tanto conceptos que definen el objeto de estudio en un trayecto investigativo, merecen especial consideración; más aún cuando en tanto palabras, a su vez, demandan un necesario abordaje historiográfico a fin de comprenderlas en su contexto. Es el caso de: "finalidad, funcional, función" y otros términos que podríamos sumar en torno a lo que proponemos poner en discusión.

En este sentido, el proyecto de investigación titulado "ARQUITECTURA Y PENSAMIENTO CRÍTICO: PATRIMONIO DE LA PALABRA EN LOS SIGLOS XX Y XXI. Cruces disciplinares y ámbitos de la crítica, hacia el proceso proyectual" comprende y

aborda problemáticas que nos desafían como investigadoras y también como docentes del área Ciencias Sociales de la carrera Arquitectura FAUD-UNC, en la Cátedra Historia de la Arquitectura II B, asignatura en la cual se estudia la arquitectura moderna y su devenir hasta hoy.

En esta comunicación, ponemos en contexto una discusión en torno a aquella categoría, la "función", central e históricamente definida y redefinida por distintos autores como es el caso del alemán Adolf Behne en su libro: *1923 La construcción funcional moderna*. Comenzamos por interpretar a qué se refiere Behne con palabras como "finalidad, funcional, función" y nos preguntamos en qué medida y de qué modo el pensamiento crítico registrado en sus escritos integra un momento fundante de la arquitectura moderna en el contexto de los esenciales debates europeos en torno a 1923. El interés por la interpretación realizada por Behne reside especialmente en su toma de posición respecto a la transformación que descubre en la arquitectura -principalmente: alemana, holandesa y rusa- y de cómo estos proyectos mutaron a la preeminencia de la "función", a una "construcción funcional", en el sentido de "finalidad", en las primeras décadas del siglo XX.

Más que nunca hoy, aquellas nociones nos interpelan en este tiempo en el cual estamos al límite, en términos de la crisis ambiental en la que estamos inmersos; y por lo tanto son necesarias ciertas acciones proyectuales urgentes que pongan en juego una mirada atenta sobre el devenir de la consabida tensión "función/forma" en la complejidad de su genealogía y entonces volver a preguntarnos sobre la o las palabras que la significan y resignifican en su contexto.

Introducción

El contenido de esta Comunicación forma parte de los resultados del Proyecto de Investigación mencionado, orientado a la docencia en el grado y en particular a la enseñanza de la arquitectura moderna.

Al respecto, consideramos fundamental develar la genealogía de la categoría "función" e incluso otras palabras vinculadas como "funcional" o "finalidad", a través de un estudio de tipo historiográfico que implica la comprensión de ciertos autores y textos fundantes de aquellos primeros debates sobre la cuestión, propios de comienzos del siglo XX¹ y de su devenir.

Uno de los materiales de estudio propuestos en la investigación, el libro de Adolf Behne, es pertinente a lo antes mencionado. Además, la figura de Adolf Behne es puesta en valor por diversos investigadores contemporáneos como Emilia Hernández Pezzi que lo señala como uno de los protagonistas que muy tempranamente "observó, analizó, juzgó y actuó como agente catalizador de las intensas transformaciones que caracterizaron aquel tiempo convulso" (2014): 83.

"Finalidad", "funcional" y particularmente el término más recurrente como categoría, "función", son palabras claves que encontramos en el libro de Behne y proponemos develar su alcance y significado en los años veinte del siglo pasado, cuando el libro fue escrito. En este sentido, el método de estudio parte de enmarcar las acciones del autor en el contexto de la cultura y la cultura disciplinar -arquitectónica- para comprender e interpretar los contenidos de este libro en su contexto de producción, así como su trascendencia hasta la actualidad.

Figura 1: Tapa del libro en su edición en español de 1994



Edición y prefacio de José Ángel Sanz Esquide, traducción de Josep Giner i Olcina. Colegio de Arquitectos de Cataluña y Ediciones Serbal. Colección Arquitectura / teoría

Un punto de partida, el autor en su contexto

¹ Otros textos contemporáneos al de Behne -de alemanes- que abordan la categoría "función", o la problemática relación forma-función son: *Arte y Técnica* de Peter Behrens (1910), *El nuevo Mundo* de Hannes Meyer (1926), *Caminos hacia la forma* de Hugo Häring (1925) o *Arquitectura Funcional* de Walter Gropius, publicado en *Sur: revista trimestral*. Año I, invierno 1931, pp. 155-161.

Adolf Behne fue un crítico como tantos otros que formaron parte de los debates y acciones en torno a nuestras disciplinas en la Alemania de principios del siglo XX. “Hijo de arquitecto, nació el 13 de julio 1885 en Magdeburgo y creció en Berlín. [Desde] 1905 estudió cuatro semestres en la Universidad Técnica y posteriormente estudió Historia del Arte en la Universidad de Berlín donde fue alumno de Heinrich Wölfflin” Sanz Esquide, (1994): 7.

En el periodo previo e inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial su actividad se centra en la producción de textos -especialmente para revistas- y también como miembro militante en grupos alemanes de vanguardia, particularmente en relación al expresionismo. De 1912, 1913, “son sus primeros escritos en la revista expresionista *Der Sturm* (La Tormenta) donde publica con asiduidad artículos sobre Bruno Taut y sobre el expresionismo alemán” Sanz Esquide, (1994): 7. Hernández Pezzi (1988) menciona que los contactos -tanto de Behne como de Taut- con el poeta Paul Scheerbart y en especial con su obra *Glasarchitektur* (Arquitectura de cristal) de 1914, habían proporcionado a Bruno Taut una serie de imágenes para sus proyectos visionarios, por caso para el Pabellón de Cristal, construido para la Exposición de la Deutscher Werkbund, en Colonia. A su vez, Behne seguramente encontró en las palabras de Scheerbart una referencia para traducir el expresionismo a la arquitectura. Es así que “Behne fué el primero en poner en circulación el término ‘arquitectura expresionista’, en sus escritos *Expressionistische Architektur y Sturmbuch zur neuen Kunst*, ambos publicados en 1915” Hernández Pezzi, (1988): 106. Por otra parte, con “Taut funda en 1918 el *Arbeitsrat für Kunst*, el Consejo de los trabajadores del arte, un intento político cultural de fusionar actividades de vanguardia junto a formas de organización sindical” Fernández, (2005): 30. En síntesis, como lo manifiesta Hernández Pezzi:

Behne contribuyó sustancialmente a forjar el concepto del Bauen [construir] expresionista asociado a la utopía social y al compromiso político y concibió la construcción como la implicación activa en un proceso transformador que debía contribuir a derribar lo viejo, a abandonar el presente y a trabajar por el futuro. (2014): 86

Es decir, lo antes mencionado son algunas de tantas experiencias y vínculos que Behne construye hasta los años veinte del siglo pasado, momento en el cual su militancia con la palabra tomará nuevos rumbos. Al respecto Hernández Pezzi dice:

En 1920, Behne viajó a Holanda y a partir de ese momento sus contactos con el país vecino fueron frecuentes. Convencido de que la renovación no podía venir sólo del arte alemán, Behne se fijó en la obra de artistas holandeses y rusos y reconoció en ellos una mayor responsabilidad artística alejada de los planteamientos subjetivos de la Alemania expresionista. (2014): 87

Es un momento en el cual Behne avanza hacia un mayor compromiso con la realidad, alejándose de la utopía.

En 1923², Behne escribe su libro *1923 La construcción funcional moderna (Der moderne Zweckbau)* que fue publicado finalmente en 1926. María Emilia Hernández Pezzi³ en su Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid (1988) traduce el título del alemán al español como "La moderna arquitectura funcional" y menciona que la traducción al italiano (1968) lo ha titulado directamente como "L'Architettura funzionale". Finalmente, el título con el cual se publica en español⁴ en 1994 es el antes mencionado, *1923 La construcción funcional moderna* y entendemos que aduce claramente a *Zweck*, traducido del alemán como "finalidad", "propósito", es decir el título querría expresar "lo construido bajo principios orientados a cumplir su finalidad", con lo cual la traducción al español de 1994 parece la más ajustada al sentido que Behne en su momento ideó.

El contenido del libro en clave de categorías: finalidad, funcional, función

El texto escrito por Behne está integrado por las siguientes partes: Introducción, tres capítulos, Ilustraciones y Bibliografía. En la edición en español de 1994, se incluyen previamente dos partes más: Prefacio y un listado de los Escritos de Adolf Behne.

Seguidamente recorreremos el esquema del libro de Behne para, como mencionábamos, develar su alcance y significado en los años veinte del siglo pasado, cuando el texto fue escrito.

La Introducción

Behne comienza con las siguientes palabras:

Al principio el hombre construye para protegerse -del frío, de los animales, de los enemigos-. La necesidad le obliga: si no tuviera objetivos

² Emilia Hernández Pezzi (2014): 90 señala un dato no menor como es la coincidencia con la Exposición Internacional de Arquitectura Moderna organizada por la Bauhaus en Weimar entre agosto y septiembre de 1923. Una muestra que reunió proyectos de Mendelsohn, de Gropius o de Max Taut para el Chicago Tribune. Las maquetas de los rascacielos de cristal y del edificio de oficinas de Mies van der Rohe y la Villa Contemporánea de Le Corbusier, entre otros autores y proyectos presentados.

³ Emilia Hernández Pezzi escribe el Prólogo del libro de Tournikiotis (2014) titulado: *La historiografía de la Arquitectura Moderna. Pevsner, Kaufmann, Giedion, Zevi, Benevolo, Hitchcock, Banham, Collins, Tafuri*. Prólogo que ella titula "Las versiones de la Historia". Por otra parte, Tournikiotis en la Introducción de su libro y respecto al libro de Behne dice que presenta "una definición de la esencia profunda de la arquitectura que contrasta la función y el juego, la necesidad y las exigencias estéticas" (2014): 26. Además, considera que "no es una historia de la arquitectura moderna y no pretende serlo: es un texto polémico, una especie de manifiesto con un campo de visión claramente definido".

⁴ El libro se publica en español en 1994, con edición y prefacio de José Ángel Sanz Esquide, traducción de Josep Giner i Olcina. Demarcación de Barcelona del Colegio de Arquitectos de Cataluña y Ediciones Serbal. Es el título 3 de la Colección *Arquitectura / teoría*, con la Dirección de Carlos Martí, Antonio Pizza y Ana Puig-Rey. La Colección continúa con otros títulos como el número 7, de Giorgio Grassi (2003) titulado *Arquitectura lengua muerta y otros escritos*.

concluyentes, muy mediatos y apremiantes, no construiría. Sus primeras construcciones tienen un carácter funcional puro: son, en esencia, utensilios. (1994): 21

Vuelve "al origen" para dejar muy en claro lo que entiende por carácter "funcional" de lo construido por el hombre, por los humanos, a quienes sitúa en su primigenio estado de necesidad. Pero a su vez, entiende que:

El hombre primitivo no es un austero utilitarista: muestra su instinto de juego incluso en los utensilios y, sin que la necesidad lo exija, los proporciona y embellece, los pinta o decora con ornamentos; el utensilio 'edificio' no es, en ello, ninguna excepción. (1994): 21

Para Behne, el edificio es un cierto utensilio y recalca que "el interés por la forma fue engendrado por el instinto de juego" (1994): 21. De manera original - en las dos acepciones del término-, sitúa la consabida tensión función-forma. Al respecto dice que, en la historia de la construcción europea de los últimos siglos, "la forma ha sido preponderante, y la finalidad se ha considerado cumplidamente satisfecha si el edificio funcionaba a pesar de la forma: simplemente, si la forma no anulaba completamente a la finalidad" (1994): 22. Hace expresa mención a las "construcciones utilitarias" (puentes, grandes naves fabriles, entre otras) y asevera que si en la última década del siglo XIX:

Cualquier pesada sobrecarga formal parecía aún tener derecho a la admiración, y el arte se equiparaba, prácticamente, al ornamento, con el cambio de siglo hizo irrupción, y se impuso, el gusto por lo claro, lo conciso, lo preciso, y la mirada se hizo receptiva a la belleza de lo útil. La sensibilidad empezó a negarse a aceptar la exigencia de considerar bello lo superfluo, y desarrolló una buena disposición hacia la lógica de lo funcional. (1994): 22

Para Behne, una buena construcción era mejor cuanto "más libre de concepciones formales estuviera el arquitecto que afrontara la satisfacción de la finalidad: es decir, las construcciones fueron consideradas cada vez más como instrumentos" (1994): 23. Está aseverando que "una concepción formal del arte de construir fue reemplazada por la nueva concepción funcional" (1994): 23 es decir, está situando a la "finalidad" como uno de los procedimientos de la configuración arquitectónica en los procesos proyectuales.

El capítulo I: De la fachada al edificio

Adolf Behne en su primer capítulo propone revisar la producción arquitectónica de los primeros años del siglo XX y sostiene que hay una idea de retorno a la utilidad en la producción de los diez años previos al cambio de siglo 1890-1900

y que este retorno podría entenderse a partir de dos intentos de renovación en la arquitectura.

El primer intento de renovación que vislumbra Behne está en la búsqueda de algunos autores "adelantados" como Hendrik Petrus Berlage, Alfred Messel y Otto Wagner que se embarcan en trabajar la "función" como la "finalidad" en la arquitectura. En este capítulo, esta "primera generación" de arquitectos se encamina en esta renovación arquitectónica y en palabras de Behne:

Berlage, Messel y Wagner introdujeron la objetividad en el nuevo arte de construir cuando se lanzaron a afirmar de manera resuelta y consciente, y a convertir en un procedimiento de configuración positivo, aquel factor que hasta entonces no había recibido ninguna atención especial y había sido siempre dejado de lado: la finalidad. (1994): 26

En este primer punto los tres proyectos de Berlage para el edificio de la Bolsa de Amsterdam (1897) exponen a los ojos de Behne el camino que nos conduciría a un nuevo arte, donde la forma de los estilos anteriores se va aplacando, evolucionando hacia lo objetivo. "La construcción ejecutada [dice Behne] no contiene de ninguna manera elemento alguno que pueda conducir a ideas erróneas, con la posible excepción de la torre. Fisonómicamente se mueve en el terreno de la generalidad lo que es de la mayor relevancia" (1994): 27.

El segundo de los autores es Messel con el edificio para Los Grandes Almacenes por Departamento de la firma Wertheim en Berlín (1898). Para Behne, Messel logra configurar a partir de una exigencia máxima de ingreso de luz natural, un muro de cristal. Dar a las necesidades de unos grandes almacenes su forma concreta, precisa y única a partir de la comprensión profunda más cuidadosa y sutil de sus exigencias y demandas particulares y específicas. Según Behne, aquí está "el nacimiento de un nuevo tipo, engendrado por la satisfacción de la finalidad" (1994): 27. Contradictoriamente, la verticalidad dada por la superposición de plantas derivó hacia un místico estilismo gotizante ya que, la fachada de grandes planos de vidrio se enmarca con los pilares de piedras que refería -en oposición a lo que se buscaba- hacia un pasado posible.

Por último, Wagner con las estaciones para Metro de Viena (1894-97) es un caso diferente ya que -como conjunto- muestran, según Behne, la evolución gradual de este estilo utilitario, que en este caso lo asocia particularmente a los aspectos constructivos, algo que en los otros autores había sido mencionado sin profundizar.

Los edificios contemporáneos de Otto Wagner para el Metro de Viena son aparentemente mucho menos revolucionarios [...], y subsiste en ellos un cierto clasicismo; sin embargo, son en esencia mucho más modernos. Exhiben un rigor, una claridad y una frescura que incluso donde persistían

en abundancia los elementos tradicionales les permitían una integración sorprendentemente buena con los elementos constructivos. (1994): 28

De los tres autores, Behne le concede a Messel el papel más importante, y explica:

Messel elaboró con rigor doctrinario una sola función -la exposición- y con ello falseó el conjunto y perdió todo posible equilibrio.

Que a pesar de todo ello hayamos concedido un papel tan importante al edificio de Wertheim de Messel, se debe a que su efecto psicológico fue muy fuerte. Animó a muchos a abandonar los esquemas convencionales, aventurar nuevas formas-tipo, aunque él mismo acumulara tantos desaciertos y tanta ausencia de objetividad en ese terreno que al principio parecía el suyo. (1994): 32

Así, Alemania, Holanda y Austria, encaminados en una economía moderna asociados a nuevas finalidades, representaron para Behne un campo propicio para canalizar esa tensión hacia la objetividad⁵.

El segundo intento de renovación que señala Behne, está en una arquitectura orientada hacia lo vital. Una búsqueda de la "función" en la arquitectura, ahora, como "funcionalidad" de la arquitectura. En este punto Behne sitúa el interés en los trabajos sobre la casa unifamiliar aislada de Frank Lloyd Wright en los suburbios norteamericanos. Una arquitectura para la casa que desde la planta toma rasgos vitales, asociados a lo "funcional" en la arquitectura -orientados ahora- hacia una "forma vital".

Según lo habitual, la casa no podría considerarse dentro la arquitectura utilitaria. Sin embargo, dice Behne, "la manera de pensar que se expresa en las nuevas plantas de Wright tiene para nosotros una importancia extraordinaria: debemos caracterizarla como la liberación de la planta de toda rigidez formalista mediante la reducción al elemento funcional" (1994): 33. Y continúa expresando que "las plantas de Wright no rigidizan los espacios, sino que dan movimiento a un espacio tan asimétrico como particular y sorprendente; es la vida misma" (1994): 33.

Esta estructuración de Wright desde la planta, toma las funciones más elementales del habitar como el elemento capaz de liberar a la arquitectura de las mediaciones formales. En este sentido Behne, señala que "todos los elementos visibles operan en términos de función: la casa es el resultado de la relación precisa de elementos abiertos y cerrados" (1994): 34.

En síntesis, Behne expone este doble quiebre con la arquitectura de la composición hacia el fin del siglo y afirma que "las formas estilísticas historicistas han sido desechadas, la noción de fachada ya no juega ningún

⁵ En el Prefacio del libro de Behne, Sanz Esquide hace referencia a la nueva arquitectura objetiva: "donde la máquina y el colectivismo se imponen sobre el individualismo y la artesanía" (1994):8.

papel. Se sostiene todavía la idea de 'edificio' (1994): 35. La fachada como resultante de la forma histórica, aparece agotada para la finalidad moderna. Ahora la forma es "vital" y no debe cumplir con requerimientos a priori. En este sentido, es más sugerente la negativa que presenta el título en alemán para el capítulo: *Nicht mehr fassade. Sondern haus*⁶; acentuando así el desplazamiento de la fachada a la planta del edificio y a la "funcionalidad", entendida como un estudio profundo sobre la "finalidad". Behne sitúa en este primer capítulo, la funcionalidad moderna en la resolución de las plantas del edificio, abordando el problema en un sentido vital, en torno a la "función" y no solo a las nuevas "finalidades" asociado a los nuevos usos.

El capítulo II: Del edificio al espacio conformado

En este capítulo el autor comienza refiriéndose a la arquitectura industrial norteamericana, que había sido revalorizada por Gropius en 1913, en el anuario de la Deutscher Werkbund.

Lo sobresaliente de esos edificios americanos -todos sin excepción obra de ingenieros, no de arquitectos- es su completa independencia de obsesiones formales, es la absoluta ausencia de prejuicios al configurar y materializar en el espacio los procesos productivos y de trabajo. Behne, (1994): 37

Behne ejemplifica con los edificios de la Compañía Wasbury-Crosby en Buffalo, donde con distintas formas -cilindros verticales de los silos, formas angulosas de los montacargas y líneas horizontales de los carriles de las vagonetas- organizadas en independencia absoluta de reglas compositivas como la simetría, se alcanza el auténtico propósito de resolver la función. Y al respecto dice que este edificio es:

[...] un ejemplo conmovedor de construcción funcional o dinámica, es decir; una construcción que hace suyas las presiones a las que somete el proceso de la producción, y trabajando con ellas sin inhibiciones ni disimulos, imprime un movimiento activo al espacio en entera analogía con el proceder de Wright [...]. (1994): 37

En Europa, Behne entiende que fue Peter Behrens el primero en realizar arquitectura industrial, "de gran estilo", pero a diferencia de los norteamericanos, ya que seguía de alguna manera abocado a "una interpretación artística a través de la forma, a la estilización, mientras que los americanos manifiestan la cosa misma completamente desnuda" (1994): 42.

⁶ Del libro en su versión en alemán: Behne, A. (2014). *Der moderne Zweckbau*. Berlin: Birkhäuser. Recuperado el 12/7/2022 de: https://books.google.com.ar/books/about/Der_moderne_Zweckbau_1929.html?id=0knyCQAAQBAJ&redir_esc=y

Es verdad que Behrens había concebido una forma extraordinariamente rejuvenecida, renovada y fortalecida mediante la adecuación sin prejuicios al proceso vital de la industria, pero en último término, esa ausencia de prejuicios no llega a ser completa. Abandonó ciertas convenciones, renunció a algunos preceptos y tradiciones, pero no se consagró por entero y sin condiciones a la finalidad y la función. Siguió aceptando determinados conceptos, y entre ellos el concepto 'edificio'. Y es precisamente ese estancamiento en el concepto 'edificio' lo que lo abocó a la estilización. Behne, (1994): 42

Es en el edificio de la Fábrica de Turbinas de la AEG donde Behrens logra dedicarse directamente a responder a la finalidad del edificio, señala Behne "ya no era un 'edificio', pero tampoco mero cobertizo, que ya no era una convención ni un híbrido de unos tipos históricos cualesquiera, sino un nuevo tipo" (1994): 43.

Lo construido era forma, no necesitaba formas. El esfuerzo configurador desistió de sobrecargar caprichosamente la fachada y se concentró en la organización, en la satisfacción de la finalidad, en las posibilidades de los nuevos materiales que naturalmente ya habían sido usados con anterioridad (Perret) sin que, abstracción hecha de unas pocas excepciones, sus posibilidades constituyentes y renovadoras hubieran sido reconocidas. (1994): 43

Será finalmente la Fábrica Fagus de Gropius en Alfeld-an-der-Leine (1911) -así como los edificios de la Werkbund en Colonia (1914)- las primeras obras materializadas en acero, hormigón, y vidrio. Aquí Behne (1994): 44-45 retoma una cita donde Gropius explica que, en este tipo de edificios, la disposición interior debía ser clara y expresarse con nitidez al exterior, así como que, el artista tenía la responsabilidad de construir un espacio de trabajo que fuera bello y motivador para los obreros.

Quien da el siguiente paso en este camino *Del edificio al espacio conformado*, es el belga Henry van de Velde, "su obra es significativa en la evolución posterior de la arquitectura de la finalidad, al haber puesto de manifiesto de manera consciente la forma de la función" Behne, (1994): 46. Como continuidad del camino iniciado por Wright en cuanto al "movimiento", pero con un enfoque diferente porque entiende al mismo como una fuerza que organiza el edificio desde el interior hacia el exterior, que Behne explica de la siguiente manera:

No debería ser una voluntad humana, percibida como limitada, la que determine y fije la obra, sino que la voluntad de la objetividad, de la función, de los materiales, debería materializarse a sí misma en un proceso donde el hombre sería sólo el mediador. Van de Velde practica una interiorización de las funciones y llega desde aquí a una expresión

formal del movimiento, lo cual es enteramente rechazado en Wright. La concepción de van de Velde es paralela al expresionismo pictórico, aparecido algo más tardíamente. (1994): 46

Esta valiosa influencia de van de Velde escondía el peligro de desmaterializar los límites del espacio, el efecto que buscaba el artista recurriendo a las formas curvas, y con las fuerzas liberadas que promovían el movimiento “era probablemente la destrucción de las cajas y la aparición en su lugar de un organismo libre y constituido de manera enteramente nueva [...]” Behne, (1994): 47. Van de Velde, además de ser un importante diseñador, fue un gran constructor, pero solo en dos de sus obras, la Escuela de Arte de Weimar y el Teatro del Werkbund de Colonia (demolido), abandona el “tipo edificio” y trabaja con el espacio. Supera a su antecesor Behrens en cuanto a su posición ante la técnica y la máquina, a las que ve desde un enfoque estético-formal, aunque de una manera “romántica” ya que -como artista individualista y libre- se niega a someterse a cualquier forma de tipificación.

Más libre que Behrens de las ideas de forma histórico-monumental, van de Velde se concentró abiertamente en el movimiento de todo lo vivo, y desarrolló a partir de la función una forma en evolución, segura, dinámica, descrita con gusto por el mismo como ‘dramática’, es decir, menos histórica: una forma que mostraba un carácter ingenieril y material. Behne, (1994): 49

La influencia de van de Velde sobre los arquitectos europeos se hace visible en la Torre Einstein de Postdam diseñada por Mendelsohn (1920-1921) cuya arquitectura debe ser entendida, según Behne, dentro del movimiento expresionista. En cuanto a los proyectos industriales de Mendelsohn, Behne decía:

Aquí por primera vez si prescindimos de las construcciones ingenieriles americanas, el tipo ‘edificio’ -paredes verticales, cubierta, ventanas- resulta completamente superado en beneficio del concepto de espacio conformado; resulta superado desde el mismo interior, no escondido exteriormente mediante el pathos y la estilización. Lo que aquí se constituía en necesario, y conllevó desde dentro la ruptura con el viejo tipo, fue la exploración consecuente de la estructura metálica. (1994): 50-51

Mendelsohn en la Fábrica de Sombreros Luckenwalde logra, a partir de la organización más eficiente del proceso productivo, una resolución espacial más precisa y apropiada, supeditada a las funciones del edificio, que en el interior se organizan de manera análoga a las distintas partes que mueven una maquinaria.

Finaliza así este segundo capítulo, *Del edificio al espacio conformado*, que manifiesta sucesivamente -en la obra de Behrens, Gropius, van de Velde y Mendelsohn- cómo se consigue, a través de un énfasis en la función, modificar en este caso el espacio; es decir, se rompen las cajas murarias, se logra movimiento, se obtiene libertad.

El capítulo III: Del espacio conformado a la realidad configurada

En este capítulo Behne presenta el modo en que las dos corrientes “objetivas” de la arquitectura europea, el “funcionalismo” y el “racionalismo”, logran materializar la “realidad configurada”. Así desentrañamos cuál es el sentido de esta noción para Behne y qué implicancias tiene para la arquitectura del futuro. Pero antes reflexionaremos sobre el modo en que define y caracteriza a las diferentes corrientes de la arquitectura europea contemporánea, en 1923, entre las que se encuentra además de las dos mencionadas, el “utilitarismo”.

Dos caminos hacia lo funcional

Behne presenta y caracteriza dos corrientes dentro de la arquitectura europea, a las que designa como oriental y occidental, “ambas se orientan hacia la objetividad, ambas gustan de invocar a la máquina, ambas aspiran a la expresión de nuestra época y nuestras latitudes, pero llegan a resultados muy diversos” (1994): 53. La línea oriental, fundamentalmente rusa y la línea occidental, francesa, racionalista.

Respecto a Rusia destaca el giro que producen los artistas, a partir de la Revolución, de negar o poner en crisis al “arte” en general, sus sistemas de valores, convenciones, tradiciones. Estos artistas, afirma Behne, “ya no aspiraban a ser trabajadores de lujo, sino a cumplir de manera necesaria una función en el proceso vital de la sociedad.” (1994): 53. De este modo, la vanguardia rusa, reconfigura las distintas disciplinas artísticas y en el caso de la arquitectura se evidencia con “el rechazo de toda clase de decoración, la adhesión a la materialización y a los métodos productivos, la oposición a toda estética y a todo tratamiento de los problemas de la forma.” (1994): 53. En otras palabras, la califica como objetiva, no artística y por ende la entiende como pura función al eliminar la representación y el carácter simbólico.

El guía más seguro hacia una configuración absolutamente objetiva, necesaria y extraestética parece ser la adecuación a las funciones técnicas y económicas, que trabajadas con coherencia deben conducir a la liquidación del concepto de forma. Una construcción sería entonces, ya sin condiciones, una pura herramienta. Behne, (1994): 53

Sin embargo, Behne critica firmemente al utilitarista porque si bien busca “derivar necesariamente todo fenómeno de una finalidad: en muchos casos sólo puede conseguirlo mediante una asimilación ilícita entre finalidad y sentido.” (1994): 57. Esto quiere decir que, no coincide del todo con el sentido de finalidad que aplica el utilitarista, un sentido cerrado, rígido e inmodificable,

solo dirigido a solucionar cuestiones prácticas desde lo útil y estrictamente necesario.

Por otro lado, el funcionalista entiende que “una finalidad satisfecha es para él una palanca para obtener un hombre nuevo y mejor predispuesto. Los habitantes de su edificio lo tienen todo al alcance de la mano, y el arquitecto tiene en sus manos el futuro de esos habitantes, trabajando la finalidad.” Behne, (1994): 57 recalca que para el funcionalista la búsqueda de la finalidad siempre conduce a resultados distintos, la finalidad conduce al resultado particular, individual, único a diferencia de lo que aspiraban los utilitaristas.

La encrucijada del funcionalismo

A pesar de destacar lo positivo de esta corriente para la arquitectura, al reintroducir el modo funcional, Behne reconoce el dilema al que se enfrenta el funcionalismo:

El desarrollo de la vida orgánica no sabe de ortogonalidades ni de líneas rectas. Y puesto que el funcionalista siempre invocará al desarrollo de la vida orgánica en tanto que ejemplo mayor de funcionalismo puro, resulta muy comprensible su afecto por la curva. La adecuación última a la movilidad y la fluidez de la función está negada para siempre a la línea recta, que permite tan sólo una adecuación general y aproximada, no absoluta. El funcionalista consecuente no deberá pues considerar a la línea recta, sino a la curva, como punto de partida, como lo hace Hans Scharoun al escribir ¿Por qué debería ser todo recto, si la línea recta sólo se justifica desde valores materiales y desde el entorno? (1994): 55-56

Así Behne encuentra en lo orgánico un dilema a resolver, por tres razones. La primera porque reconoce que la arquitectura debe reforzar su carácter social, lo individual y particular le resulta contraproducente, es más, afirma “cuando la naturaleza concibe espacios para muchos, lo hace de acuerdo con un principio normalizador y mecánico: las células del panal de abejas” (1994): 58. La segunda es la incompatibilidad que distingue entre el edificio -con estas características- y el entorno o contexto inmediato. Y por último a la falta de flexibilidad en el tiempo, a la posibilidad de cambio de uso, a cumplir con otros requerimientos que no sean los mismo que los que le dieron origen. Por lo que Behne presenta una nueva noción de lo orgánico, poniendo en cuestión el sentido que le adjudicaron los funcionalistas. Así redefine lo que se entiende por orgánico y en pocas palabras asevera que el hombre es naturaleza y por ello también la arquitectura debe encaminarse a resolver los problemas de la sociedad.

El aislamiento, el individualismo absoluto, es la fuerza motriz última del funcionalismo consecuente. La invocación de lo orgánico no es primaria, sino la primera consecuencia del enfoque individualista. Lo decisivo es, pues, la relación con la sociedad. (1994): 63

Behne ubica al hombre entre la naturaleza y la sociedad, por lo que considera que es central lograr un equilibrio entre ambas esferas. Para Behne el funcionalismo otorgó las herramientas necesarias para vincular la arquitectura a la naturaleza, desde la reincorporación de lo funcional, que se aproxima a lo orgánico y encuentra en el racionalismo las respuestas para lograr ese equilibrio al aproximar la arquitectura a lo social.

Una nueva Forma

La acentuación de lo típico, de lo que tiene validez general, la existencia de la norma, es lo que diferencia radicalmente a Le Corbusier de los funcionalistas. La base de su trabajo es la conciencia primera de pertenecer a una sociedad humana. Behne, (1994): 65

Behne encuentra a Le Corbusier como el referente indiscutido de la corriente racionalista, porque “su manera de pensar procede de la totalidad a la particularidad; es decir, su elemento básico es el orden, inseparable de cualquier conjunto [...]” (1994): 66 y a partir del orden, la norma “consigue acentuar un elemento que para los funcionalistas no tenía ningún significado esencial: el juego” :67. Behne concluye que Le Corbusier concibe a la arquitectura como arte, con exigencias estéticas, asociadas a los principios de una construcción tipificada y normalizada y resalta que los racionalistas de este modo, logran un nuevo vínculo con la naturaleza.

El edificio tiene su propio centro y expresa su voluntad casi agresivamente. Pero lejos de limitarse a una posición extraña y brutal en la naturaleza, establece con ella, a partir de esas tensiones, una unidad superior. El edificio es matemática, y porque es matemática, es decir ley, orden, pureza, salubridad y consecuencia lógica de sus presupuestos y tendencias, iguala a la vivacidad de la naturaleza: la relativización y la multiplicación de los intereses no conseguirá nunca ese resultado, que sólo es posible mediante la concentración y la lógica arquitectónica absoluta. (1994): 69

El racionalista insiste en la forma y la forma es para Behne lo que permite las relaciones entre los hombres. Pero esta forma se diferencia completamente de la forma rechazada del siglo XIX, no tiene nada que ver con lo decorativo, con lo ornamental, es una forma que responde a las necesidades del conjunto de la sociedad, al poder dar respuestas desde nuevos parámetros constructivos y técnicos.

Si el funcionalista prefiere acentuar lo único y actual de la finalidad -¡un edificio para cada función!- el racionalista la considera en su sentido amplio y general, como disposición ante distintas situaciones,

precisamente porque piensa en la duración del edificio, por donde pasarán diversas generaciones con exigencias tal vez cambiantes, a las cuales el edificio no podrá sobrevivir sin márgenes de libertad. El racionalista no es más indiferente ante la finalidad que el funcionalista, ni se instala en ninguna genialidad barroca que desprecie la finalidad: lo que hace es evitar la tiranía de una finalidad que pueda convertirse en opresiva. Si el funcionalismo busca la mayor adecuación posible a la finalidad más especializada posible, el racionalista busca la mayor conformidad a distintas situaciones. Aquél quiere para cada situación concreta lo más absolutamente ajustado, lo único; éste quiere lo más ajustado posible a las necesidades generales, a la norma. Aquél es toda adecuación, relación, abnegada ausencia de configuración previa, mimetismo; éste es voluntad propia, autoconsciencia, juego, forma. (1994): 72

Y aquí Behne, más allá de considerar a la corriente occidental, el racionalismo, como una instancia superadora por considerar a la arquitectura como parte de un conjunto -ciudad- y para la sociedad, advierte que el racionalismo a partir de la norma corre el riesgo de convertirse en un esquema, un dogma, un nuevo academicismo. Y allí nuevamente afirma que es el carácter funcional lo central en la arquitectura, que es esa su especificidad. Su propuesta es justamente lograr lo que dice en las primeras páginas del libro un diálogo entre función y forma, con mayor preponderancia en la finalidad, pero reconfigurando la función desde una perspectiva colectiva. Es decir que la arquitectura devenga en una “realidad configurada”.

Lo central de este capítulo, es el modo en que precisa y caracteriza a las tendencias de la nueva arquitectura, que denomina “funcionalismo” y “racionalismo”. Al definirlos, Behne establece una línea, entre varias, de lo que consuetudinariamente se denominará funcionalismo, demostrando la complejidad conceptual que abriga esta categoría, central de la arquitectura moderna, desde las primeras décadas del siglo veinte. Es decir, el propósito de Behne es: por un lado, presentar las diferencias entre las producciones contemporáneas funcionales o racionales; y, por el otro, demostrar las limitaciones que tienen ambas tendencias y la necesidad de establecer una tercera línea que retome determinados aspectos referidos a la “función” y a la nueva manera de concebir la “forma”, respectivamente.

A modo de reflexiones finales

El libro de Adolf Behne es un texto de fuerte contenido crítico y a la vez teórico, orientado al proyecto. Situado en 1923, Behne fundamenta y explica detenidamente, de manera novedosa, temprana respecto a otros críticos del momento y con ejemplos; una secuencia de lo que observa hasta arribar a lo que entiende por realidad construida, “configurada”, que denota el cambio profundo en los procesos proyectuales propios de la arquitectura moderna,

entre 1890 y 1923. A su vez, desentraña -mediante sus observaciones debidamente argumentadas- la nueva relación “función-forma” que él considera es el verdadero aporte de aquella arquitectura para la nueva realidad en los años veinte del siglo pasado. Respecto a esta relación, más bien entendida como tensión función-forma, Behne la define -a través de un razonamiento complejo y pertinente- deteniéndose en qué entiende por “función” -y una serie de otras nociones asociadas- y también por “forma” en términos de su aplicación a la concepción misma de la arquitectura moderna.

En otro sentido, estudiar y comprender hoy el pensamiento de Adolf Behne y las categorías que construye para observar críticamente la gestación de la arquitectura moderna, son acciones necesarias para poner en contexto la construcción teórica que fue develando la naturaleza de la arquitectura moderna en torno al principio del siglo XX. Arquitectura moderna cuyos orígenes Behne sitúa en ciertos edificios y cuyos procesos proyectuales dan cuenta del antes mencionado cambio en la consabida tensión forma-función, históricamente construida en la arquitectura -fundamentalmente europea-. Su discurso propone un itinerario que recorre y nos explica la genealogía de nociones como “finalidad”, “funcional”, “funcionalismo” y particularmente -como hemos señalado- el término más recurrente “función”.

Por otra parte, la mirada situada de Behne nos permite argumentar hoy por qué proponemos problematizar el estudio de la “función” en la arquitectura moderna desde la formación de grado. En concordancia con ciertas afirmaciones que propone Roberto Fernández quien, en relación a los procesos proyectuales y a sus lógicas, señala que:

Debiéramos distinguir una heteronomía moderna de la utilidad (orientada a garantizar el contenido socialmente proactivo de la actividad proyectual) de una heteronomía posmoderna de la significación/expresión (tendiente a obtener consecuencias culturales o simbólicas de la actividad proyectual). (2007): 22

Fernández plantea el problema de la “utilidad” para categorizar la proyectación propia de la arquitectura moderna, pero apela a la categoría en clave vitruviana -*utilitas*- y al respecto, consideramos que es necesario hacer visible la complejidad de tal heteronomía, historizando su devenir desde principios del siglo XX para lo cual el libro de Behne ofrece un punto clave en los debates que se dieron en aquel momento y actualmente trascienden por su pertinencia.

Lo antes mencionado, reafirma nuestro compromiso en docencia para trabajar a partir de problemas -por caso de una categoría como “función”, como palabra recurrente-, para lograr un aprendizaje significativo. Es un modo de trabajo a la manera de un investigador, una investigadora; es un modo de enseñanza-aprendizaje que consideramos, debe darse en el grado y como parte de la formación profesional de Arquitectas y Arquitectos en un tiempo donde las crisis -de diversa naturaleza- que nos interpelan y las incertidumbres que enfrentamos, no dan lugar a un proceso de enseñanza-aprendizaje que

promueva una mera acumulación acrítica de datos que, por otro parte, hoy están disponibles fácilmente. Nuestra agenda es contribuir a construir sociedades del conocimiento hacia un desarrollo sostenible y la Universidad pública es el ámbito por excelencia responsable de tal misión.

Bibliografía

Behne, A. (1994). *1923 La construcción funcional moderna*. Barcelona: Colegio de Arquitectos de Cataluña y Serbal.

Fernández, R. (2007). *Utopías Sociales y Cultura Técnica. Estudios de Historia de la Arquitectura Moderna*. Buenos Aires: Librería Concentra.

Hernández Pezzi, E. (2014). Adolf Behne y la arquitectura moderna. *Cuaderno de notas*. 15: 83-94. Recuperado el 01/04/2022 de:
<http://polired.upm.es/index.php/cuadernodenotas/article/view/2959/3019>

Hernández Pezzi, M. E. (1988). *Historiografía de la Arquitectura Moderna*. Tesis Doctoral de la Universidad Complutense de Madrid. Recuperado el 01/04/2022 de: <https://oa.upm.es/48277/>

Sanz Esquide, J. A. (1994). Prefacio. En: *1923 La construcción funcional moderna* (pp. 7-12). Barcelona: Colegio de Arquitectos de Cataluña y Serbal.

Tournikiotis, P. (2014). *La historiografía de la Arquitectura Moderna. Pevsner, Kaufmann, Giedion, Zevi, Benevolo, Hitchcock, Banham, Collins, Tafuri*. Barcelona: Reverté.